

“En Cristo”: Unidos con Cristo, Inmerso en Cristo

Por Craig Keener

Sé pasajes bíblicos sobre nuestra solidaridad con Cristo. Estamos "en Cristo", somos el cuerpo de Cristo, y todo eso. Pero no estaba seguro de cómo eso se conectaba con nuestra experiencia espiritual personal de Cristo. ¿Estaba relacionado con Cristo viviendo en nosotros (Gal 2:20)? ¿Estaba relacionado con la experiencia en su vida de resurrección a través del Espíritu?. Después de todo, los antiguos israelitas estaban relacionados físicamente con Jacob sin la experiencia personal de Jacob. La humanidad es pecaminosa sin que los humanos de hoy hayan conocido a un tipo llamado Adán.

Pero por supuesto, como aprendí, la naturaleza de la relación no es exactamente la misma. Somos contados en Adán en Rom 5:12-21 como herederos de Adán, como descendientes y compañeros pecadores. Llegamos a ser contados en Cristo a través del bautismo en Cristo, no por descendencia genética. “Adán” tal vez more en nosotros en un sentido (en término de solidaridad como descendientes y pecadores), pero el espíritu de Cristo hace que Cristo nos esté presente más dinámicamente (Rom 8:9).

Solidaridad con Cristo

Pablo enfatiza que la solidaridad de los creyentes con Cristo trae una liberación mayor que la derrota afectada por nuestra solidaridad con Adán (Rom 5:12-21). Luego continúa desarrollando el tema de nuestra Unión con Cristo en lugar de el “viejo hombre” (6:6) en Adán. Bautizado en Cristo (6:3-4), compartimos la muerte y resurrección de Cristo (6:3-6a, 11). Pablo puede dar por sentado que ser bautizado en Cristo implica el bautismo en su muerte porque entiende que la inmersión en Cristo incluye compartir su experiencia. No es simplemente teórico.

“No sabes que todo los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte? Por lo tanto fuimos sepultados con él por el bautismo en esta muerte, a fin de que, así como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre nosotros también podríamos vivir una nueva vida. Porque si nos hemos unido a él/unido con/identificado con él en la imagen de su muerte, aún más seguro seremos unidos/identificados con él en la imagen de su resurrección. Sabemos que nuestro viejo yo fue crucificado con él... para que también sean considerados muertos al pecado y vivos a Dios en Cristo Jesús” (Rom 6:3-5a, 11, ESV)

Este sentido de solidaridad en Cristo no se limita a sólo un pasaje. No es sólo Colosenses 3: “*Porque habéis muerto y vuestra vida está escondida en Cristo*” (Col 3:3 NASB); “*Cristo es quien es vuestra vida*” (3:4, NRSV); “*habéis sido vestidos del nuevo yo, lo cual significa ser renovado en el conocimiento de la imagen del Creador*” (3:10 NIV).

Pablo encuentra analogías parciales para esta solidaridad en la experiencia compartida en términos de compartir con Adán el pecado (Rom 5:12-21) y la experiencia compartida de Israel con Moisés. En 1 Cor 10:2, Por analogía con la experiencia cristiana del bautismo y la Cena del Señor, los israelitas fueron “*bautizados en Moisés*” (aunque, Pablo advierte, que ellos fallaron en perseverar). Podemos pensar de manera similar cómo Jesús recapitula elementos de la experiencia de Israel en los primeros capítulos del evangelio de Mateo.

Ser bautizados en Cristo significa que nos hemos revestido de Cristo (Gal 3:27); Compartimos en él una nueva identidad. Nos hemos vestido del nuevo hombre, recreado a la imagen de Dios (Ef. 4:22-24; Col 3:9-10), así como la humanidad fue creada a imagen de Dios al principio (Gen 1:26). Obviamente esta solidaridad tiene una dimensión forense: es decir, como Dios nos ve en Cristo. Sin embargo también debe impactar la realidad de nuestro lado y el de Dios. Estamos llamados a ser lo que somos en Cristo. En Cristo, debemos despojarnos del viejo hombre (lo que fuimos en Adán) y vestirnos del nuevo,

recreado en la imagen de Dios (Ef. 4:22-24; cf. Col 3:8). Debemos vivir de acuerdo con la nueva identidad que Dios nos ha conferido en Cristo.

Pablo dice que así como llevamos la imagen mortal de Adán, también debemos llevar la imagen inmortal de Cristo (1 Cor 15:49). Progresivamente (2 Cor 3:17) y finalmente (Rom 8:29) somos conformados a la imagen de Cristo, quien es la imagen de Dios (2 Cor 4:4; Col 1:15). Somos conformados a esta imagen al ser formados por el fruto del Espíritu dentro de nosotros (Gal 5:22-23), esencialmente por Cristo viviendo en nosotros (Gal 2:20).

Inmerso en Cristo

¿cómo se efectúa este compartir de Cristo en nosotros? El Espíritu de Cristo (Rom 8:9) vive en nosotros.

El Espíritu nos bautiza en Cristo: “*porque/en un solo espíritu fuimos todos bautizados*” (1 Cor 12:13). Bautismos judíos antiguos eran rituales de inmersiones, entonces la imagen aquí es del Espíritu sumergiéndonos en Cristo. Esta imagen sugiere que estar vestidos con Cristo no se limita solo a la nueva forma en que Dios nos ve.

Las expresiones de Pablo tendrían sentido para aquellos que ya están familiarizados con el lenguaje cristiano primitivo heredado de Juan el bautista: “*él os bautizará en el Espíritu santo*” (Mt 3:11; Mr 1:8; Lc 3:16; Jn 1:33; Hch 1:5; 11:16). (También hay un sentido más reducido de esta frase en el NT, pero en este punto estoy usando la frase de la manera más general.)

No es sorprendente, entonces, Lucas, quien habla de la iglesia siendo bautizada en el espíritu, en sus narrativas paralela de los ministerios del movimiento de Jerusalén de Jesús (dirigido por Pedro) y la Misión Diáspora (dirigido por Pablo) con el ministerio de Jesús. El mismo Señor obró en Pedro y en Pablo (Gal 2:7-8).

Porque el espíritu de Dios es también el espíritu de Cristo, estar inmerso en el espíritu implica estar inmerso en Cristo. Leemos los evangelios como una historia de nuestro héroe, pero también modelo, y al que el espíritu nos da poder para seguir. Así en los tres párrafos sucesivos, Marcos anuncia a Jesús como el bautista espiritual (Mc 1:8), el pionero de la vida bautizada por el espíritu (1:9-11), y como modelo de como se ve esto mientras el espíritu lo empuja a entrar en conflicto con un enemigo espiritual. (1:12-13). Jesús sigue advirtiéndolo a los discípulos que deben compartir tanto su fe (9:19, 23, 29; 11:21-24) como su sufrimiento (8:34; 13:13).

Caminando en Cristo

“De la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él, arraigados y sobreedificados en él” (Col 2:6-7)

“Por esto sabemos que estamos en él: el que dice que permanece en él debe andar como él anduvo” (1 Juan 2:5-6)

Nuestra solidaridad con la humanidad adámica viene por nacimiento. En Adán, compartimos glorioso ADN diseñado para reflejar la imagen de Dios pero alejado de la presencia y el propósito de Dios por el pecado humano.

Nuestra solidaridad con Cristo viene por el bautismo, sí, en agua, a la entrada hacia vida nueva, pero también en el Espíritu. Compartimos la vida, muerte, sepultura y resurrección de Cristo porque estamos inmersos en él. A través de la mente del Espíritu (Rom 8:5), la mente de Cristo (1 Cor 2:16), crecemos para pensar a su modo y actuar como lo haría Jesús. El viejo adagio, “¿Qué haría Jesús?” es más que un slogan; nos invita a pensar y actuar como Jesús piensa y actúa, así como Jesús actuó solo cuando vió al padre actuar (Juan 5:19-20). El Espíritu comunica a Cristo mismo en la predicación del evangelio (ver Juan 16:7-11; 1 Tess 2:13). Porque Cristo vive en nosotros por el Espíritu (Juan 14:17), llevamos su fruto como ramas en la vid (15:4-5), continuando muchos aspectos en sus misiones (20:21-22). Caminar en el Espíritu (Gal 5:16) es también caminar en Cristo (Col 2:6).

En la medida en que reconocemos que Dios ha hecho efecto nuestra solidaridad con Cristo, podemos apropiarnos esa identidad como miembros de Cristo (ej., de su cuerpo; Rom 12:5; 1 Cor 6:15; Ef. 4:25). Podemos recordar que Cristo vive en nosotros y confiar en su carácter para vivir a través de nosotros. Cuanto mejor sepamos cómo es él, más podremos reflejar ese carácter por fe. Porque cada uno de nosotros somos miembros únicos de su cuerpo, reflejaremos individualmente diferentes aspectos de su ministerio. Ninguno de nosotros es todo el cuerpo de Cristo para sí mismo.

Debería poder ir sin decirlo, pero desafortunadamente a menudo no puedo pasar sin decirlo, que no tomamos el lugar de Jesús; lo contrario debe ser el caso: Jesús como Señor reina en nosotros para dar a conocer su corazón. Esto viene a través de una relación directa con la cabeza, Jesucristo, quien es la fuente de nuestra nueva vida: Ef. 4:15-16; Col 2:19; 3:4a).

No somos Jesús, pero somos sus agentes. Y cuando esos agentes trabajan juntos, los que están alrededor pueden ver una imagen más completa del carácter de Cristo a través de su cuerpo funcionando juntos. Como su cuerpo juntos revelamos idealmente su carácter, su corazón, su propósito, entonces ya no somos nosotros quienes vivimos sino Cristo quien vive en nosotros (Gal 2:20). Inmersos en Cristo, Vestidos en Cristo, queremos que nuestras vidas revelen a Cristo en lo que decimos, y hacemos y pensamos.

Juntos como los diversos miembros del cuerpo de Cristo, somos invitados a mostrar al mundo que Cristo está en medio de ellos, provando el poder transformador de Dios incluso a los gobernantes celestiales (Ef. 3:10). Idealmente, nosotros como el cuerpo de Cristo deberemos madurar hacia la unidad de confiar y conocer a Cristo (Ef. 4:12-13). Nadie a visto a Dios, pero al amarnos unos a otros le damos al mundo una probada de Dios (1 Jn 4:12), y sabemos que vivimos en él y él en nosotros porque nos ha dado su Espíritu (1 Jn 4:13).

Eruditos debaten hoy en día el “bautismo en el Espíritu.” Más importante que esos debates de fraseología, sin embargo (el cual deliberadamente eludí en esta publicación) es que realmente aceptemos todo lo que el Espíritu quiere hacer en nosotros. Dios desea permitirnos vivir como aquellos inmersos en su Espíritu, e inmersos en Cristo. Dios quiere que las personas continúen viendo cómo es Jesús mientras el Espíritu de Cristo obra en nosotros y a través de nosotros